

## PRÓLOGO

*Manejo la espada con más destreza que la pluma, lo sé; lo reconozco. Nunca me hubiera atrevido a escribir estas Memorias si no fuera porque he sido vituperada, vituperado y condenado al ostracismo, y menos a insultarlas. Los relámpagos de agosto (título que me parece verdaderamente soez). El único responsable del libro y del título es Jorge Bergsbergotita, un indívivo que se dice escritor mexicano. Sirva, sin embargo, el cartapacio que esto prologa, para destacar algunos mantenidos, confundir a algunos calumniadores, y poner los puntos sobre las líneas sobre lo que piensan de mí los que hoyen leído las Memorias del General Trezza, y sobre toda, la Neofascia Leyenda que acerca de la Revolución del 29 reja, con lo que se dice ahora muy mala leche, el desgraciado de Vidal Sánchez.*

## CAPÍTULO I

¿Por donde empezar? A nadie le importa en donde nací, ni quiénes fueron mis padres, ni cuantos años estudié, ni por qué razón me nombraron Secretario Particular de la Presidencia, sin embargo, quiero dejar bien claro que no nací en un petate, como dice Ariño, ni mi madre fue prostituta, como han insinuado algunos, ni es verdad que nunca haya pisado una escuela, puesto que terminé la Primaria hasta con elogios de los maestros, en cuanto al puesto de Secretario Particular de la Presidencia de la República, me lo ofrecieron en consideración de mis méritos personales, entre los cuales se cuentan mi refinada educación que siempre causa admiración y envidia, mi honradez a toda prueba, que en ocasiones llegó a acarrearme dificultades con la Policía, mi inteligencia despierta, y sobre todo, mi simpatía personal, que para muchas personas envidiosas resulta insopportable. Basta apuntar que a los treinta y ocho años, precisamente cuando se apagó mi estrella, ostentando el grado de General Brigadier y el mando del 45° Regimiento de Caballería, disfrutaba yo de las delicias de la paz hogareña, acompañado de mi señora esposa (Matilde) y de la numerosa prole que entre los dos hemos procreado, cuando recibí una carta que guardo hasta la fecha y que decía así:... (Conviene advertir que todo esto sucedió en el año de 28 y en una ciudad que, para no entrar en averiguatas, llamaré Vieyra, capital del Estado del mismo nombre, Vieyra, Viey.) La carta, digo, decía así:

Querido Lupe:

Como te habrás enterado por los periódicos, gané las elecciones por una mayoría aplastante. Creo que esto es uno de los grandes triunfos de la Revolución. Como quien dice, estoy otra vez en el candelerero. Venia a México lo más pronto que puedas para que plátiquemos. Quiero que te encargues de mi Secretaría Particular.

Marcos González, General de Div.  
(Rúbrica.)

Como se comprenderá me desprendí inmediatamente de los brazos de mi señora esposa, dije adiós a la prole, dejé la paz hogareña y me dirigí al Casino a festejar.

No veyra a pensarse que el mejoramiento de mi posición era el motivo de mi alegría (aunque hay que admitir que de Comandante del 45° Regimiento a Secretario de la Presidencia hay un buen paso), pues siempre me he distinguido por mi desinterés. No, señor. En realidad, lo que mayor satisfacción me daba es que por fin mis méritos iban a ser reconocidos de una manera oficial. Le contesté a González telegráficamente lo que siempre se dice en estos casos, que siempre es muy cierto: "En este puesto podré colaborar de una manera más efectiva para alcanzar los fines que persigue la Revolución."

¿Por qué de entre tantos generales que habíamos entonces en el Ejército Nacional había González de escogerme a mí para Secretario Particular? Muy sencillo, por mis méritos, como dije antes, y además porque me debía dos favores. El primero era que cuando perdimos la batalla de Santa Fe, fue por culpa suya, de González, que debió avanzar con la Brigada de Caballería cuando yo hubiera despedido de tiradores al carro de Santiago, y no avanzó nunca, porque le dio miedo o porque se le olvidó, y nos pegaron, y me echaron a mí la culpa, pero yo, gran condecorado como soy de los caracteres humanos, sabía que aquel hombre iba a llegar muy lejos, y no dije

nada, soporté el oprobio, y esas cosas se agradecen. El otro favor es un secreto, y me lo llevaré a la tumba.

Yo viéndolo al hilo de mi narración, diré pues, que festejé el nombramiento, aunque no con los desórdenes que después se me atribuyeron. Eso sí, la champagne ha sido siempre una de mis debilidades, y no faltó en esa ocasión; pero si el diputado Solís balaceó al coronel Medina fue por una cuestión de celos a la que yo soy ajeno, y si la señorita Estalía Arzozama saltó por la ventana desnuda, no fue porque yo la empujara, que más bien estaba tratando de detenerla. De cualquier manera, ni el coronel Medina, ni la señorita Arzozama perdieron la vida, así que la cosa se reduce a un diletante sin importancia de los que he sido objeto y víctima toda mi vida, debido a la envidia que causan mis modales distinguidos y mi refinada educación.

Al día siguiente a las diez de la mañana, abordé el tren de Juárez con destino a la ciudad de México, y después de despojarme de mi fardaja en la que llevaba mi pistola de cachá de nácar y colgaria de un gancho, ocupé un cómodo asiento en el carro pullman.

Yo no acostumbré a leer, sin embargo, cuando viajé, hojeé el periódico. En ésas estaba, cuando entré en el vagón, con sombrero tejano y fumando un puro, muy quitado de la pena, como si nadie lo hubiera corrido del país, el general Macedonio Gálvez. Cuando me vio, se hizo el disimulado y quiso pasar de largo, pero yo lo detuve y le dije:

—¿Adónde vas Mace? ¿Ya no te acuerdas de mí? —Le digo de tí, porque hemos sido compañeros de armas.

Él me contestó, como si no me hubiera visto antes:

—Claro, Lupe —y entonces ya nos abrazamos y todo eso. Nos sentamos frente a frente, y fue entonces cuando noté que estaba más derrochado que su madre y que lo único que traía nuevo era el puro.

Macedonio es uno de los casos más notables de infortunio militar que he conocido: en la batalla de Buenavista, en el 17, puso a González a correr como una liebre, y luego anduvo echándose a la espalda y diciéndole a todo el mundo que él había derrotado a González; y que viene el veinte, y que sale González de Presidente por primera vez, y que toma posesión, y el primer acto oficial que hizo fue correr a Macedonio del país.

Según me contó aquella mañana, había vivido ocho años en Amarillo, Texas, y se había aburrido tanto, y le había ido tan mal, que regresaba a México, aunque fuera nomás para que lo mataran (que era probablemente lo que iba a suceder, porque como es del dominio público, González acababa de salir electo otra vez). También me contó la historia del hermano que está a las puertas de la muerte, que es la que cuentan todos los que regresan a México sin permiso. Luego, me pidió que no le dijera a nadie que lo había visto, porque pretendía viajar de incógnito, y yo le contesté airadamente que me insultaba pidiéndome tal cosa, puesto que siempre me he distinguido por mi carácter bonachón, mi lealtad para con mis amigos, y mi generosidad hacia las personas que están en desgracia. Abusando de esta aclaración, apenas acababa de hacerla yo, cuando me pidió trescientos pesos. Me negué a dárselos. No porque no los tuviera, sino porque una cosa es una cosa, y otra cosa es otra. En cambio, lo invité a comer, y él aceptó. Me levanté de mi asiento, puse la fardaja con la pistola en la carastilla, sobre ella el periódico, me abroché la chaqueta, y salimos juntos en dirección del carro-comedor.

Tomamos unas copas y luego pedimos una abundante comida (Yo nada le había dicho de mi nombramiento, ya que no me gusta andar fanfarroneando, pues a veces las cosas se desbaratan, como sucedió en aquella ocasión.) Pero sigo adelante: Cuando estábamos comiendo, el tren se detuvo en la estación X, que es un pueblo grande, y cuando andaban gritando, "¡Yámonos!", Macedonio se levantó del asiento y dijo que iba al water, salió del carro-comedor, y yo seguí comiendo, arrancé el tren, y yo seguí comiendo; acabé de comer y Macedonio no regresaba, y

pedí un cognac, y no regresaba, y pagué la cuenta y no regresó; caminé hasta mi vagón y al llegar a mi lugar noté... ¡claro! Ustedes ya se habrán dado cuenta qué fue lo que noté, porque se necesita ser un tango como yo para no imaginárselo: que en vez de ir al water, Macedonio había venido por mi pistola y se había bajado del tren cuando estaba parado. Muchas veces en mi vida me he enfrentado a situaciones que me dejan aterrado de la maldad humana. Ésta fue una de ellas.

En la siguiente estación telegraficé a la garnición de la plaza X, diciéndoles que si agarraban a Macedonio, lo pasaran por las armas, pero todo fue inútil... En fin, no fue tan inútil, o mejor dicho, más vale que haya sido así, como se verá a su debido tiempo.

Esa noche no pude dormir de la rabia que tenía y cuando amaneció, nunca me imaginé que unas cuantas horas más tarde, mi carrera militar iba a recibir un golpe del que nunca se ha recuperado.

Según parece, en Lechería subieron los periódicos. Yo estaba rasurándome en el gabinete de caballeros, y tenía la cara enjabonada, cuando alguien pasó diciendo: "Se murió el viejo." Yo no hice caso y seguí rasurándome, cuando entró el auditor con un periódico que decía: "MURIÓ EL GENERAL GONZÁLEZ DE APOLETA." Y había un retrato de González, el mero mero, el héroe de mil batallas, el Presidente Electo, el Primer Mexicano... el que acababa de nombrarme su Secretario Particular.

No sé por qué ni cómo fui a dar a la plataforma, con la cara llena de jabón, y desde allí vi un espectáculo que era apropiado para el momento: al pie de una barda estaba una hilera de hombres haciendo sus necesidades fisiológicas.